

Archivos sonoros: la voz de la memoria

Por Ángeles Afuera

¿Qué tiene la voz humana que nos conmueve? Las imágenes, sí, nos ofrecen la copia exacta de un instante, ese momento congelado que nos lleva a otra época, a otro paisaje, a otra circunstancia. Pero la voz tiene el poder de entrar en tromba en el corazón humano. La voz sacude nuestras emociones con su máxima cualidad: pertenece al personaje que estamos escuchando, entre él y nosotros no hay intermediarios. Propongo que el lector imagine por un momento cómo sería escuchar hoy la voz de su bisabuelo leyendo algo que dejó escrito. O recuperar a Federico García Lorca recitando su propia obra. O asistir, gracias a la narración de Unión Radio, a aquella tarde del 14 de abril de 1931, en que se declaró La II República en la Puerta del Sol de Madrid.

Dentro de la memoria colectiva, la memoria sonora ha sido muchas veces relegada por dificultades técnicas, de conservación y de almacenamiento. Pero su poder evocador, más potente que el de los documentos escritos o las fotografías, se demuestra cada vez que en una emisora de radio se difunde un documento de su fonoteca: junto a las inflexiones del que habla –serenidad, enojo, cautela, alegría, preocupación–, aparece el contexto: los murmullos de un auditorio, el largo silencio del que espera una respuesta, las risas, los aplausos, una música. La radio, cada día, explota este recurso único de la voz para estimular la imaginación del oyente y, como dice el profesor Faus, “pasearle por lugares ignotos, transmitir sentimientos profundos, transitar por el tiempo”¹.

La falta de soportes técnicos y la huella del tiempo – y del hombre– que destruyeron antiguas grabaciones, nos impiden hoy acceder a muchas voces que podrían haberse conservado. Investigadores y profesionales nos lamentamos de todos los testimonios que se perdieron, pero a la vez nos convencemos de lo importante que es preservar aquellos que reflejan nuestra historia reciente, de manera que puedan ser accesibles para las futuras generaciones. Pero los archivos sonoros no deben ser solo almacenamientos masivos de declaraciones, sino

¹ Ángel Faus Belau, *La radio. Introducción a un medio desconocido*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1973.

eficaces fonotecas construidas con tesón, catalogadas con mimo, donde cada documento sonoro sea descrito para extraerle todo su significado: no hay mayor tesoro.

Los archivos sonoros profesionales, especialmente los radiofónicos, se han visto en la obligación de seleccionar el material a preservar. Su mirada ha sido fundamentalmente periodística, destacando los momentos históricos, las declaraciones susceptibles de ser reutilizadas en alguna ocasión, incluso alguna anécdota. Esta mirada ha estado influida por el condicionante del rescate, de la utilidad informativa en un futuro. Por otro lado, los archivos institucionales han sentido la obligación de constituirse en memoria histórica del país, pensando más en conservar la totalidad de lo grabado: discursos, intervenciones parlamentarias, mítines políticos, actos protocolarios. Ambos criterios, el periodístico y el institucional, buscan ser útiles en algún momento, ser prácticos, ser usados cuando la ocasión lo precise.

Sin embargo, un archivo sonoro personal aporta una riqueza complementaria: la persona que fue acumulando esos registros, esas voces, quizá no lo haya hecho con una motivación práctica, sino por el simple impulso de atesorar una voz que le emocionó, un momento que recordará siempre, algún sonido que formó parte de su vida. Si ya es estimulante de por sí conocer a una persona por los testimonios que fue coleccionando, cuando nos encontramos frente al archivo sonoro personal del presidente Felipe González, el interés es mayúsculo.

Bucear en algunos de estos documentos sonoros aporta la cualidad de lo novedoso, aunque estemos frente a momentos históricos, sobradamente conocidos. Porque, por ejemplo, en la entrevista de campaña que en 1982 concedió González al periodista Víctor Márquez Reviriego, percibiremos también los preparativos de la grabación, el ambiente de un hogar común en el que trastean las voces de unos niños. En el encuentro de Felipe con los exiliados de Caracas –corría 1976– comprobaremos cómo los argumentos de un político con solo 34 años seducían ya a socialistas veteranos de colmillo retorcido. Podemos volver a oír, esta vez completo, su famoso discurso de la madrugada del 20 de mayo de 1979, esa intervención por sorpresa al finalizar el XXVIII Congreso del PSOE que pasó a la historia por el “hay que ser socialistas, antes que marxistas”. Y sorprendernos cuando, en la lectura de aquel manifiesto de constitución de Izquierda Socialista –noviembre de 1980–, se recuperan voces olvidadas como las

de Pablo Castellano o Fernando Burgos, cuya oratoria recuerda tanto a la de los dirigentes republicanos de los años 30.

En fin, junto a momentos solemnes como los discursos de investidura, podemos recorrer otros como el intento de golpe de estado del 23-F, en el documento más fiel para entender qué fue aquello: el resumen de la emisión de la Cadena SER, relato desnudo y sin narrador, pura información radiofónica. O aquel mitin en Alicante en que Felipe González ya comenzaba sus intervenciones con un "ciudadanas y ciudadanos". O una curiosidad que nos permite escuchar las mismas olas del mar chocando contra las rocas –viejo casete, tantas veces rebobinado–, que escuchaba el presidente en Moncloa cuando quería alejarse de ruidos más urgentes.

Quizá mi experiencia de tantos años construyendo el departamento de Documentación de la SER me ha hecho hoy centrarme más en el componente humano de esta gran colección, que tanto le diferencia de los archivos sonoros de una cadena radiofónica. Sin embargo, tengo la convicción de que éste será, sobre todo, un potente instrumento de investigación y conocimiento de una amplia etapa en la historia de la España del siglo XX.